

## Internet © nuevo.mito.fundador

EDUARDO A. BOHORQUEZ

*Quien determine lo que la tecnología signifique  
controlará, no solamente el mercado tecnológico...  
sino el pensamiento mismo  
Sandy Stone, en Wired, mayo 1996*

este artículo alcanza luz pública a través de un sistema de comunicación muy popular en los últimos siglos. Un instrumento basado en el principio físico de "hacer presión", que consiguió extender conocimientos por doquier, reduciendo el costo de producción, distribución y almacenaje de incontables compendios informativos. Galaxia Gutenberg llaman algunos, con sensible optimismo, a la sociedad que con este invento se fundara. De la Biblia al último texto de Salman Rushdie, un universo completo de libros. Pero cuidado con las nostalgias fáciles. La revista que usted está hojeando ahora, como el libro de su mesa, ha dejado atrás los tipos metálicos. Se "forma" con la ayuda de ordenadores, procesos de scanner, fotocomposiciones, impresoras láser, módems, faxes, redes telefónicas. Es cierto que también está la lettera 32, indispensable para muchos autores, y el "exacto", ese generoso aliado en el combate de las erratas, pero aun en el más ramplón de los esfuerzos editoriales de juventud, el Quark Xpress va sustituyendo al mimeógrafo.

El uso y la profusión de los ordenadores alcanzan, literalmente, todos los confines del planeta. Viaje usted a Nueva Zelanda, lleve consigo una Macintosh Powerbook 180c, conéctela a su teléfono celular Nokia y escriba a sus amistades sobre los problemas ecológicos en esa zona del continente oceánico. Formidable. Con tan sólo una batería y un ordenador portátil usted será capaz de emular a Peter Arnett, estrella del periodismo durante la guerra en el Golfo Pérsico.

La diversión no termina ahí. A su viaje neozelandés usted puede agregarle una filosofía planteada desde hace un par de décadas por Alv in Toffler y otros precursores de la civilización informativa; su viaje se transformará entonces en una experiencia de la sociedad del conocimiento y, acto seguido, tendrá la sensación de libertad que caracteriza a este tipo de construcción social. Será parte de una "nueva civilización", alimentada de información y conocimiento. Y lo mejor de todo, la vigencia territorial de su nueva actitud será total. Usted apelará a ese marco conceptual que define la relación espacio-tiempo de forma radicalmente distinta. El mundo, en la multicitada expresión de Marshall McLuhan, se habrá convertido en "Aldea Global". El vínculo entre individuo y colectividad será el puente entre un ser humano y su familia, su clan, su ciudad y la comunidad global. Ahora, el adjetivo "formidable" puede sustituirse con "fantástico".

***Http://www.mitología.finisecular***

¡Ah! ¡Todo es tan grato en este mundo nuevo! La libertad digital permea por todos lados. Como en nuestro imaginario viaje neozelandés, basta ingresar en la red de ordenadores para ejercer esa "sensación" de aleatoriedad y novedosa actitud cognoscitiva. Despliegues visuales, diseño por ordenador, ciberpuertos en todo el planeta. Nada detiene el curso de la red. Estamos virtual y virtuosamente "enredados". Y esta versión de "nuestra idea del mundo" puede incluso tener sus recompensas. Heineken, la compañía cervecera europea, ofrece un premio de 2,500 dólares a quien consiga describir lo que ellos avalen como la mejor imagen del futuro. La convocatoria se lanza, naturalmente, dentro de la Internet, la cada día más famosa red de comunicación por medio de ordenadores. ¿Dónde más encontrar a un grupo de intrépidos visionarios adscritos al futuro?

La respuesta rebosa de sencillez lógica: el futuro no reside necesariamente en la red. Si la maravilla cibernética ha favorecido esta serie de transformaciones vitales, ello no puede traducirse irresponsablemente como una oleada de beneficios colectivos o sociales, y aún menos globales. Con seguridad se puede sostener que el aporte de los ordenadores, como el de la Internet, es novedoso y desconcertante, considerablemente valioso, pero no por la mitología que construye. Detrás de ésta se encuentran sociedades que están transformándose, algunas con la lentitud de un computador UNIVAC, en áreas que, como la política o la economía, no pueden ser virtuales.

Las consignas míticas de la "sociedad de la información", tanto como de la Internet, abundan. La primera atiende al valor idéntico de la información y a la necesidad de acumular inmensas cantidades de ella en una reserva estratégica para el conocimiento. Esta idea, producto de la posibilidad de concentrar información en espacios muy reducidos por medio de un código binario, detona una especie de obsesión en los usuarios de productos informativos, por ejemplo, de la red. Al reconocer el potencial comunicativo de un sistema con cerca de 60 millones de personas en 160 países Z, la ilusión es sencilla de plantear: el universo informativo es infinito. Como ha señalado Theodore Roszak en un espléndido texto sobre el "folclore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar" el culto a la información se sostiene en la idea de que una fórmula matemática, un poema de Rilke, las notas de una canción de David Bowie, el primer discurso de Mandela y mi número telefónico tienen exactamente el mismo valor en términos de la posibilidad de ser transmitidos por medios digitales. Una vez convertidos en códigos binarios son sólo una bandada de ceros y unos.

Cualquier enterado en sistemas objetará que fue justamente esta forma de interpretar la información lo que permitió que la Revolución Digital se gestara. Pero lo que el enterado no podrá obviar, es que esta misma idea ha con-vertido a la información en un producto altamente relativo, sin estándares que permitan al usuario común distinguir entre un manojo de boberías y otro de heliotropos. Contra lo que generalmente se supone, entre estos dos manojos existe una diferencia epistemológica y otra educacional. La epistemológica separa la información, su ordenamiento y el conocimiento en tres momentos interrelacionados, pero distintos del proceso cognoscitivo, donde el conocimiento (y no la información) representa la parte más útil y compleja. La segunda diferencia es bastante simple. Un usuario "R", por ejemplo, podría tener acceso al número de misiles estratégicos de Ucrania, su ubicación y destino, sin que fuese capaz de distinguir esta información de una tabla demográfica; pero aún si lo consiguiese, esto no representa

garantía alguna de que este mismo usuario pudiese interpretar dicha información en forma coherente y lógica. Sin educación mínima, la información no sería útil. La oferta informativa se reduciría ante sus ojos.

El tamaño del universo informativo encuentra un complemento mitológico en el ideal transformador y libertario de la Internet. En la mejor tradición de Mc Luhan, los usuarios de la red consideran que una "sobrecarga de información es igual a la transformación del sistema". Verdad a medias. Si el rumbo de esa transformación no es medianamente orientado o supuesto, la afirmación de Mc Luhan podría replantearse de la siguiente forma, un tanto más conocida: "el mercado se regula a sí mismo". La única garantía es entonces que el sistema puede ser transformado. Pero, en sentido estricto, esta afirmación es tan valiosa como la imagen de un latifundista ubicando los límites de su propiedad hasta el punto donde su vista alcanza. La extensión del horizonte no refleja la fertilidad de sus tierras. Tampoco su capacidad para hacerlas producir o mejorar las condiciones de vida de sus trabajadores.

Las continuas metáforas libertarias tampoco ayudan en demasía. Desde el punto de vista de los grandes distribuidores de servicios por red y el de los usuarios, la Internet puede trasladarlos a un mundo donde las incomodidades legislativas tienen poca pertinencia. En esta lógica, navegar libremente en este mundo virtual nos concede una visión de todas las expresiones humanas, desde el Museo Smithsoniano hasta la fábrica BMW en Alemania, sin olvidar el cybersex. Pero, quien haya "surfeado en la telaraña" sabe que la aleatoriedad del viaje, la posibilidad de recorrer cincuenta países o la variedad de temas (desde los instructivos para bombas caseras hasta la dirección electrónica de la Casa Blanca) no están transformando mágicamente la dura realidad africana o las carencias en amplísimas zonas de América Latina. El principio lógico que correlaciona la Internet con la subversión o la libertad es incompleto, y en muchas ocasiones, falso. Más allá del home page del EZLN está la crudeza en la vida de muchas otras comunidades en el país, no todas indígenas, no todas campesinas y sin dirección electrónica en la red. Así, aunque resulte factible incorporar a miles de personas en el mundo a la realidad chiapaneca y convertirlas en sujetos de presión internacional, esto no sustituye la complejidad de un proceso que busca mejores condiciones de vida en un contexto histórico dado y tampoco la urgencia de que actores políticos y sociales reales puedan llegar a consolidar un acuerdo. Sin negar el potencial informativo/comunicacional de la Internet, tenemos que reconocer, nuevamente, que la llegada del hombre a la Luna no redujo los índices de delincuencia, ni el número de países pobres y tampoco los presupuestos militares de la Guerra Fría. Como instrumentos de las sociedades, los transbordadores espaciales o la Internet, cuentan con un espectro de rumbos distintos y no tienen afanes autoritarios o reformistas en sí mismos.

Un tercer aspecto de la mitología Internet apunta a su famoso carácter virtual: el mundo digital consigue un parecido extraordinario con el real. Olvidemos por un momento el dilema que plantea escapar de una realidad para refugiarse en otra que guarda similitudes elementales con la primera. Dejemos de lado también que la literatura ha lanzado esa misma propuesta desde el principio de la novela moderna; es decir, desde Cervantes. Basta considerar entonces que los "sitios virtuales" lo son tanto como el Estado-nación. En ninguno de los dos existe una referencia material, tangible, de su existencia. Se trata de abstracciones a partir de las que se transforman valores sociales, creencias íntimas y se

libran batallas. Ahí radica una de las principales contradicciones de esta mitología. Bajo el supuesto de que este mundo "virtual" está transformando nuestra vida cotidiana, los usuarios se inclinan por suponer que el mundo "real" puede programarse de forma igualmente sencilla. "Estamos conectados en red, somos más libres, la democracia tocará a la puerta de todos los países", recitan las voces de ese mundo dentro de otro. O con mayor dramatismo: "quien determine lo que la tecnología signifique. controlará... el pensamiento mismo", absurda versión digital de lo que el Estado-nación, esa majestuosa construcción virtual, no ha conseguido, ni deberá conseguir

*1. Tal vez el ejemplo más sugerente y didáctico del autor de "El shock del futuro" y la "Tercera ola" sea: Alvin y Heidi Toffler, Creating a New Civilization (Foreword by Newt Gingrich), Turner, 1995, 112pp. En palabras de los Toffler "la Tercera Ola trae consigo una forma de vida genuinamente nueva basada en fuentes de energía diversificadas, renovables; en métodos de producción que hacen obsoletas a la mayoría de las líneas de producción, basada en familias nuevas, no nucleares; en una institución novedosa que puede ser llamada el "cottage electrónico"; y en escuelas y corporaciones del futuro radicalmente transformadas."(pp.19-20).*

*2. Estos son los datos que ofrece Michael Meyer en "Whose Internet is it?", Newsweek, 22 de abril de 1996. pp. 44-48*

*3. Se trata de: Theodore Roszak, El culto a la información, tvléxico. CNCA/Grijalbo, 1990, 277 pp.*